

El concilio de amor

Una tragedia celestial en cinco actos

Oskar Panizza

Índice

Prólogo. André BRETON	7
El concilio de amor	
<i>Una tragedia celestial en cinco actos</i>	15
Prefacio a la tercera edición	21
Dedicatoria	23
Preludio	25
Personajes	33
Acto primero	37
ESCENA PRIMERA	37
ESCENA SEGUNDA	45
ESCENA TERCERA	50
ESCENA CUARTA	54
ESCENA QUINTA	58
Acto segundo	73

Acto tercero	93
ESCENA PRIMERA	93
ESCENA SEGUNDA (Transfiguración)	108
Acto cuarto	129
Acto quinto	143
ESCENA PRIMERA	143
ESCENA FINAL	151
EPÍLOGO. Julio MONTEVERDE	
La soledad de los infiernos	
<i>El concilio de amor</i> frente	
al poder (1894-1997)	155

Prólogo

André BRETON

EL ABISMO DEL MAL como problema, por poco que uno a él se asome, deja herida de precariedad la cuerda que los hombres se ponen para descender a él y, si pueden, para volver a salir. Tocar su fondo nunca es más que rozar su viscosa expansión y horrorizarse; no cabe, a la luz de una lámpara vacilante, asignarle límites ni convencerse de su necesidad sin recurrir a un artificio capcioso. Ese artificio radica en la inculcación de la idea de Culpa, original o no. No puede uno asombrarse ni afligirse nunca lo bastante de que esa idea se tenga comúnmente por razón aceptable y suficiente, pese a cuanto deja subsistir de iniquidad clamorosa: la desproporción monstruosa entre un supuesto delito arraigado en lo inmemorial, lo mítico y, en fin de cuentas, lo indeterminable (debido a la ambigüedad simbólica), por un lado, y, por otro, su represión en forma de los peores castigos, corporales y otros, infligidos sin discernimiento y sin apelación al conjunto de la humanidad. Ese gusto por la venganza

El concilio de amor

Una tragedia celestial en cinco actos

Prefacio a la tercera edición

ACERCA DE ESTA TERCERA edición, el autor debe a los lectores unas pocas palabras de explicación. El público tal vez se haya asombrado de que esta obra, pese a haber sido decomisada por la fiscalía, siga apareciendo públicamente una y otra vez. Seguramente habrán imaginado ya que el poeta está loco. Pero no es así. Y es que el público no tiene la menor idea de las condiciones en las que el poeta produce y hace público el contenido de su inspiración. Es que el público ignora aquella joya que solo el poeta posee y que lo capacita, independientemente de todos los demás factores a tener en cuenta, para seguir únicamente a su inspiración y darle, a ella y a ella sola, plena y cabal expresión: *la gracia de Dios que les asiste a los poetas*. La gracia de Dios con sus gravosos deberes, sus perpetuos e interminables trabajos y fatigas, con su terrible responsabilidad ante Dios y ante nadie más que Dios, de la cual ningún ser humano, ningún fiscal, ninguna cámara de diputados, ningún pueblo puede dispensar al poeta. Es

esta la joya que era ciertamente más o menos conocida ya en otros tiempos, pero que solo recientemente ha sido plenamente comprendida por los poetas, que se la han hecho entender también al pueblo. Más valdrá, por tanto, que el público, el parlamento, los ministros, los príncipes, el emperador y el fiscal acepten nuestros escritos como lo que son: como cosa querida por Dios, y no anden preguntando ni rezongando mucho.

Zúrich, el 4 de septiembre de 1897

Atentamente,
Oskar Panizza
Poeta por la gracia de Dios.

Preludio

(EL DIRECTOR. UN ACTOR. EL DIRECTOR DE ESCENA. EL POETA).

EL DIRECTOR.—

La sala y, ¡ay!, la caja está vacía,
El teatro solo como un apestado.
Obras tenemos, sí... En demasía:
La gente no las halla de su agrado.
Jaleo, tiroteos, altercado:
Por poco ya está aquí la policía.
Con tanta broma chungu, tanto ruido,
Se ponen a toser en la platea...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—

Lo que importa es que exprese alguna idea.

EL ACTOR.—

¡Que Dios me libre! ¡Arte comprometido!

Personajes

DIOS PADRE
JESUCRISTO
MARÍA
EL DIABLO
LA MUJER
UN QUERUBÍN
PRIMER ÁNGEL
SEGUNDO ÁNGEL
TERCER ÁNGEL

Apariciones del reino de los muertos:

HELENA
FRINÉ
ELOÍSA
AGRIPINA
SALOMÉ
RODRIGO BORGIA, ALEJANDRO VI, papa

Acto primero

ESCENA PRIMERA

El cielo; la sala del trono; tres ángeles que llevan trajes blancos como cisnes, parecidos a plumones, ceñidos calzones sujetos por lazos, medias de deporte, alas cortas de angelito, cabello corto empolvado y zapatillas blancas de satén; en la mano llevan plumeros de quitar el polvo.

PRIMER ÁNGEL.— Otra vez Él se levanta tarde.

SEGUNDO ÁNGEL.— ¡Pues ya podéis estar contentos! Esa tos, esa mirada azul acuosa perdida en el vacío, esas mucosidades, esos juramentos y escupitajos toda el santo día no te dejan ni un momento sano.

TERCER ÁNGEL.— Pues sí que es todo muy raro aquí arriba.

PRIMER ÁNGEL.— ¡Por cierto! ¿Han sujetado bien el trono?

SEGUNDO ÁNGEL.— ¡Cierto, por Dios! ¿Han sujetado el trono? Ayer se estaba tambaleando.

TERCER ÁNGEL.— ¿Quién se estaba tambaleando ayer?

PRIMER ÁNGEL.— ¡El trono, tontilla!

TERCER ÁNGEL (*asombrado*).— ¿El trono? ¿Y por qué se tambalea el trono?

PRIMER ÁNGEL.— Pues se tambalea, y punto.

TERCER ÁNGEL.— Pero ¿acaso aquí arriba puede tambalearse algo?

PRIMER Y SEGUNDO ÁNGEL (*riéndose a carcajadas*).— ¡Jajajajá!

TERCER ÁNGEL (*cada vez más serio y asombrado*).— Pero ¿por qué se tambalea el Santo Trono?

PRIMER ÁNGEL (*enérgico*).— ¡Ay, tontilla! Pues porque aquí de todas formas todo se va descuajaringando y yéndose a pique, los dioses y los muebles, los flecos y los papeles de las paredes.

TERCER ÁNGEL (*conmovido*).— ¡Dios mío, si lo supiera mi madre!

SEGUNDO ÁNGEL (*ceñudo y malicioso*).— ¿Tu madre? ¿Y qué pasa con tu madre, mocosa?

TERCER ÁNGEL.— Ay, que hoy van sesenta misas que ha mandado decir por el descanso de mi alma.

PRIMER Y SEGUNDO ÁNGEL (*con creciente asombro*).— ¿De tu alma? (*Rompen a reír*). Pero ¿cuántos años tienes?

TERCER ÁNGEL (*reflexiona, luego recita con solemnidad*).—

«A los ojos de Dios, mil años son como un día, y un día como mil años».

PRIMER Y SEGUNDO ÁNGEL (*con ademán desdeñoso, haciéndola entrar en razón, alargando las palabras*).—

Claro, claro, está bien; ya lo sabíamos. Pero ¿cuántos años tenías allá abajo?

TERCER ÁNGEL (*con voz infantil*).— Acababa de cumplir los catorce.

PRIMER ÁNGEL (*riendo*).— ¿Y a esa edad te hacen falta misas?

TERCER ÁNGEL (*tímido*).— Ay, es que no lo sabéis todavía: ¡es que me he muerto!

PRIMER Y SEGUNDO ÁNGEL (*riendo todavía más*).— ¡Ja-jaja! ¡jijijí! Pues claro, ¡sí no, no estarías aquí!

TERCER ÁNGEL (*con seriedad inamovible*).— Ay, es que no lo sabéis: ¡que he muerto en pecado!

PRIMER Y SEGUNDO ÁNGEL (*rompiendo a reír de nuevo*).— ¡Lo que faltaba! ¿Y qué habías hecho, pobrecilla?

(*Tercer ángel calla, mirando fijamente a sus compañeras, y junta las manos*).

EPÍLOGO

La soledad de los infiernos

El concilio de amor frente al poder (1894-1997)

Julio Monteverde

EN LA ACTUALIDAD, EL proceso de ocultación de una obra de creación o pensamiento puede ser llevado a cabo recurriendo a distintos procedimientos. Con el paso del tiempo el poder se ha hecho con una serie de herramientas que, dependiendo del contexto social, pueden ser utilizadas alternativamente para conseguir que una obra sea o no sea vista, sea o no sea soportada. Se trata, en definitiva, de un repertorio de técnicas que se han ido organizando y mejorando —generalmente a través del método de prueba y error— con el objetivo de garantizar un mejor resultado a menor coste.

Y otra cosa no, pero el capitalismo aprende rápido. Y para qué desperdiciar tiempo (dinero) y esfuerzos (más dinero todavía) en unos aparatosos sistemas de censura cuyos resultados se pueden superar amplia y confortablemente, por ejemplo, con un control basado en la atención, al situar el foco directamente sobre aquello que interesa que se vea, sumiendo en

una oscuridad amenazante todo lo demás. Así, consciente de que los actos de censura judicial pueden hacer que el foco se detenga exactamente en ese punto que no se desea mostrar, despertando la curiosidad y delatando las contradicciones internas de este movimiento, el poder, a estas alturas, prefiere no llamar la atención sobre aquello que no le interesa. Más tarde, en caso de que la ocultación sea insostenible, tratará de resolver el conflicto atrayendo esa misma atención hacia puntos menos problemáticos mediante trucos de prestidigitación mediática.

Esto, hoy por hoy, es el pan nuestro de cada día. Por eso mismo resulta reconfortante comprobar que existen puntos negros que, de una forma u otra, suponen una excepción a esta nueva regla, ciertas obras que se resisten a salir de los *infiernos* de todas las bibliotecas. ¿Pero cuál es la causa real de que determinadas obras no puedan pasar por este filtro de la indiferencia? ¿Por qué hay obras que no pueden ser *ni siquiera ignoradas*? ¿Cuál es la razón, en fin, de que *El concilio de amor* haya provocado tal desazón en los poderes públicos en determinados momentos? Porque pasa la historia, ese mal sueño del que no logramos despertar, varían los métodos de censura, y la obra de Panizza continúa provocando las maniobras de aquellos que se sienten directamente aludidos por ella y no